

Freud, Gramsci y el proyecto de la modernidad

*Manuel Laguarda**

1) Los avatares de la modernidad

Freud, en “El malestar en la cultura” (1), nos abre su subjetividad para decirnos que “en un momento determinado, todos llegamos a abandonar, como ilusiones, cuantas esperanzas juveniles habíamos puesto en el prójimo”. T. Reik (2), agrega que estas ilusiones se hunden en los escombros como silos hombres fueran siempre los mismos y ninguna generación aprendiera de las anteriores.

¿Será ese -hundirse en los escombros como una ilusión más- el destino final del proyecto de la modernidad?

El mismo, a partir de los filósofos de la Ilustración del SXVIII, planteaba la creación deliberada del futuro y el dominio creciente de la razón emancipatoria sobre las trabas del prejuicio, de la religión y de los intereses sectoriales que dificultaban el progreso, la justicia y la felicidad de los seres humanos (3).

Marx y Freud son continuadores de la herencia iluminista en tanto su obra apunta a ampliar el campo del conocimiento y de las opciones libres de los hombres.

Max Weber entenderá a la modernidad como un proceso progresivo de desencanto y pérdida de libertad (4). Mientras que el mundo pierde su sentido mágico, el intelectual, cuya obra ha logrado el resultado anterior, “busca unidad consigo mismo, con los hombres, con el cosmos... inventa la concepción del mundo como un problema de sentido”(5). Afirmación que evoca a Freud rechazando la creación de una concepción del universo por parte del psicoanálisis (6).

Pérdida de libertad también: para Weber el sueño de la Ilustración se ha convertido en la pesadilla de una sociedad sometida a la jaula de hierro de la burocratización creciente orientada por una racionalidad puramente técnica ante la cual toda consideración hacia la ética y la fraternidad entre los hombres aparecen como externas y limitadoras de su propia eficacia. Esta advertencia, formulada hace siete

* Viejo Pancho 2450/ 801-802, Montevideo 11300.

décadas, resultó acertada tanto en lo que respecta al Occidente como a las experiencias que intentaron la transición al socialismo.

Más recientemente, Habermas (7) ha distinguido la razón instrumental o técnica, vinculada a la eficiencia y a los medios, de la razón sustantiva o comunicativa, relacionada con los valores, los fines, la interacción social y aquellas normas que adaptan la naturaleza interior (disposiciones y necesidades humanas) a la vida social a través de la intersubjetividad (8). Se trata de ampliar y desarrollar el campo de la razón, no confinándola a la razón instrumental, lo cual abre el despliegue futuro del proyecto de la modernidad.

Ahora bien, ¿cómo ubicar las reflexiones que hace seis décadas formularon Freud y Gramsci sobre la cultura, en relación al drama de la modernidad bloqueada e inconclusa?

II Freud y el malestar en la cultura

La teoría freudiana de la cultura, basada en la dialéctica entre individuo y sociedad y los procesos de represión y sublimación puede rastrearse desde el manuscrito N. (1897) donde señala que el incesto es antisocial y la cultura consiste en la progresiva renuncia a él (9)

En “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908), distingue entre la moral sexual natural, producto del grado de represión sexual indispensable, de la moral sexual cultural, que expresa las restricciones innecesarias que la sociedad moderna impone al individuo. (10). Esta última dificultará la sublimación cultural y producirá así graves daños. Concepto éste que más adelante desarrollará Marcuse en torno a la “sobrerepresión” (11).

“En el malestar en a cultura” Freud plantea el conflicto entre individuo y sociedad: [a cultura reposa sobre la renuncia a la satisfacciones pulsionales y la represión y las neurosis son Inevitables para la civilización. Eros y Ananké se convierten en los fundamentos de la vida en común: el amor que une al hombre a su objeto y la obligación del trabajo impuesta por las necesidades externas. (12)

En lo que respecta a la pulsión erótica se plantea una dialéctica compleja y contradictoria: es el fundamento último de la vida en común, debe ser dominado para que exista la sociedad, pero al mismo tiempo de su capacidad de enfrentarse con Tánatos dependerá el destino de la especie y de la civilización. Su “sobrerepresión”

entonces, allana el camino a Tánatos.

La referencia al trabajo había sido adelantada en la Conferencia XX (1917): “La base sobre la que la sociedad reposa es en último análisis, de naturaleza económica... (lo que obliga) a limitar el número de sus miembros y a desviar su energía de la actividad sexual hacia el trabajo.” (13)

La estructura material de la sociedad ejerce su influencia sobre la medida de la libertad sexual restante, (14) y, al mismo tiempo, este proceso no es Igual en todas las clases. En “El porvenir de una ilusión” (1927) nos dice que la coacción al trabajo será mayor sobre los oprimidos, quienes desarrollarán su hostilidad contra la civilización que ellos sostienen pero de cuyos bienes no participan. (15)

Yendo más lejos que los marxistas, articulará las relaciones de explotación con las relaciones sexuales de objeto, al afirmar que el hombre puede ser un bien material para otro en cuanto utiliza su capacidad para el trabajo o hace de él un objeto sexual.

La hipótesis de la pulsión de muerte conduce a afirmar que las tendencias agresivas son el mayor obstáculo con el que tropieza la cultura, entendida ahora como obra de Eros.

¿Esta lucha épica entre Eros y Tánatos -definida como la lucha de la especie humana por la vida- implica una concepción del mundo? ¿Podemos empujar a las fuerzas de Eros contra sus eternos enemigos?

En “El malestar en la cultura” se afirma y descarta esa posibilidad:

“Cabe esperar que poco a poco logremos imponer a nuestra cultura modificaciones que satisfagan mejor nuestras necesidades... (pero) existen dificultades inherentes a la esencia misma de la cultura e inaccesibles a cualquier intento de reforma” (16)

Cuando analiza las propuestas socialistas de abolición de la propiedad privada de los medios de producción -en dos ocasiones el “El malestar en la cultura” (17) y en la Conferencia XXXV (18)- reconoce que así se le restaría uno de sus instrumentos de agresión pero esto no resolvería todo el mal de la vida individual y social, presente en el fondo de la naturaleza humana.

Pretender imponer el cambio de la condición humana desde la voluntad de un poder que “sabe” como los hombres deben ser y que apela a la eficacia de la razón instrumental, conduce a la jaula de hierro de Max Weber.

En “Moisés y la religión monoteísta” (19) visualiza en el desarrollo de la espiritualidad, los procesos Intelectuales y los preceptos éticos, el camino recorrido por la especie. Idea que destacará luego Habermas (1976) al plantear una lógica evolutiva en el despliegue de los valores universales. (20)

Sin embargo, en ningún momento de su obra, Freud pretende marcar el camino hacia la felicidad futura. Al final de “El malestar en la cultura” nos advierte: “los juicios estimativos de los hombres son infaliblemente orientados por los deseos de alcanzar la felicidad... a fundamentar sus ilusiones con argumentos”

Aunque declina el papel de profeta, parece alentar esperanzas: “Sólo nos queda esperar que la otra de ambas potencias celestes’, el inmortal Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario.” (21)

III Gramsci y la hegemonía

“El viejo orden agoniza pero el nuevo no puede nacer” Este sombrío aforismo de Gramsci ilustra con cruda belleza el drama de su época.

1929: crack de la Bolsa de N. York, condensación de la crisis más profunda del orden capitalista, antecedente directo del nazismo y de la segunda guerra. Freud escribe “El malestar en la cultura” y también ese mismo año Gramsci comienza la redacción de sus “Cuadernos de la cárcel”.

Atravesando las grandes conmociones de la posguerra inmediata y la propia crisis de 1929, en los centros capitalistas tienden a procesarse cambios profundos y duraderos: se afianza el capitalismo monopolista, el estado y la sociedad civil se interpenetran, crece el peso de la burocracia estatal y de los aparatos ideológicos para mantener el consenso social. (22)

Es en esa dirección que Gramsci construye el concepto de hegemonía como la unión indisoluble de la dirección política y de la dirección cultural y moral”.(23) De ahí el peso y la importancia de las instituciones de la sociedad civil donde se consolida y difunde el consenso esencial para la hegemonía, que no está fincada exclusivamente en el control de los aparatos estatales. (24)

Hay una relación entre el proyecto político-económico y el proyecto cultural, en tanto las transformaciones de la sociedad se acompañan de la difusión de determinadas pautas de vida y valores que se internalizan en la mentalidad de los hombres.

Barrán (25), que ha descubierto en la historia uruguaya correspondencias en esa dirección, señala: “Gramsci nos descubre un mundo de relaciones entre la esfera de la historia de la materia y la historia del espíritu, entre los cambios de la sensibilidad y las transformaciones profundas de las estructuras económicas.”

Los desarrollos de Gramsci reflexionando acerca de los cambios culturales que la

civilización capitalista de su época impone a los individuos van en una dirección similar que los planteos freudianos.

La difusión en las fábricas del fordismo -montaje en serie- y de los métodos del taylorismo, que regulan tiempos y ritmos de trabajo estereotipados, aumentan la presión social y las restricciones sexuales a fin de no desviar la energía de las exigencias de la producción.

“El núcleo más sano y aceptable del freudismo es la exigencia del estudio de los contragolpes patológicos resultantes de la construcción de un hombre colectivo, de todo compromiso social, en cada nivel de civilización.” (26)

En 1929, en el Cuaderno 1 (27), se plantea estudiar la “fase de adaptación psicofísica a la nueva estructura industrial”, en tanto “la hegemonía nace de la fábrica.

“El industrialismo es una continua victoria sobre la animalidad del hombre, un proceso ininterrumpido y doloroso de sojuzgamiento de los instintos a nuevas y rígidas costumbres de orden, de exactitud y de precisión” (28).

La presión se ejerce sobre el conjunto de la sociedad, no sólo sobre las clases trabajadoras, se desarrolla así “una ideología puritana que da la forma externa de persuasión y de consenso a la coacción brutal intrínseca”.

En la posguerra inmediata, esta presión se quebró, dando origen a una crisis de “libertinismo” en que se desencadenó la sexualidad reprimida. La crisis se hizo más fuerte por el contraste entre este contragolpe y las necesidades del nuevo método de trabajo que se va imponiendo.

“El trabajo exige una rígida disciplina de los instintos sexuales” lo cual se da junto a la hipocresía que resulta del comportamiento de las clases dominantes.

Crisis de libertinismo, crisis de costumbres que son parte también de una crisis de hegemonía.

Son claras las correspondencias con varias de las ideas de Freud que hemos reseñado antes.

Incluso la noción de éste de “miseria psicológica de las masas” (29, como fallas en las identificaciones con modelos propuestos para la sociedad, es complementaria a este aspecto de la crisis de hegemonía gramsciana.

En tanto “los nuevos métodos de trabajo son inseparables de un nuevo modo de pensar, de vivir y de sentir la vida” (30), puede comprenderse que el psicoanálisis se haya forjado en el cruce de los dos siglos. Más allá de la validez de sus descubrimientos, parece clara la incidencia del incremento de la represión y de sus consecuencias como problema individual para la burguesía.

“El tratamiento psicoanalítico sólo puede ser aprovechado por aquellos que presos de los férreos contrastes de la vida moderna, no consiguen por sus propios medios descubrir la razón de sus conflictos”. (31)

Claro que los conflictos no se reducen a la dimensión sociopolítica y aunque este no esté dicho, tenemos que reconocer que Gramsci se encuentra bien lejos de los enfoques reduccionistas que plantean a la subjetividad humana como un “reflejo” de la realidad social. También es cierto que su comprensión de la obra de Freud es incompleta, situación que él conoce y lamenta. (32)

Gramsci se refiere también a la subordinación de la mujer y a la ideología patriarcal como elementos que articulan la dominación existente. No se trata sólo de su independencia frente al hombre sino de su capacidad para concebirse a sí misma y a su papel en las relaciones sexuales. De lo contrario “la cuestión sexual estará llena de rasgos morbosos” (33)

Aquí también hay correspondencia con los planteos de Freud, quien había interpretado la “inferioridad intelectual” de la mujer como consecuencia de la temprana prohibición de ocupar sus pensamientos con los problemas de la vida sexual. (34)

Otro tema capital que esboza Gramsci: “Creo que se atribuye al atavismo y a la mneme de muchos rasgos que son exclusivamente históricos y adquiridos en la vida social que comienza apenas se ve la luz...quién puede decidir dónde comienza, sí en la coincidencia o en la subconciencia, el trabajo psíquico de las primeras percepciones.” (35)

Más allá de la Incompleta comprensión de Gramsci de la teoría del inconsciente, su preocupación nos conduce al tema central de la naturaleza humana.

IV Los límites de la condición humana

La interrogante de Gramsci acerca de la línea de demarcación de lo psicológico, lo biológico y lo social, tiene que ver con la constitución de las diferentes disciplinas humanas.

M. Jay (36) plantea que para aislar la “historia o sociedad” de la “naturaleza”, fue necesario especificar sus límites externos, restringiendo la categoría de totalidad a la primera. Esto implicó un holismo historicista y productivista, con una exagerada confianza en rehacer el mundo a nuestra propia imagen. La situación se repitió en la “frontera interna” de esa totalidad, mediante un análisis puramente social que reduce la

interioridad individual a un reflejo de las instituciones sociales. La relación entre psicología y sociología y entre naturaleza e historia, fue visualizada en términos más cismáticos que dialécticos, sin un tercer término que sintetice sus lógicas separadas.

Marx expresa por un lado que el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales.(37) Por otro lado, en los Manuscritos del 44 dice: “El hombre es inmediatamente ser natural, está dotado de fuerzas naturales...(que) existen en él como impulsos... es un ser paciente condicionado y limitado, esto es, los objetos de sus impulsos existen fuera de él...” (38)

Kalivoda (39), sintetizando las concepciones de Marx y de Freud, postula que la energía biopsíquica y su capacidad de transformación, son los elementos inherentes a la naturaleza humana.

Para Gramsci, el hombre “es el resultado de sus actos.” (40) De ahí su confianza en la creatividad humana y su rechazo a toda separación entre cultura y política. Los espacios de la sociedad civil y cada individuo, pasan a ser ámbitos donde se lleva a cabo el enfrentamiento de valores de los modelos propuestos de civilización. (41)

La advertencia de Freud en “El malestar en la cultura”, marca un límite que la condición humana establece a los proyectos de transformación social.

V Consideraciones finales

Con bastante cercanía en el tiempo y algunas coincidencias en sus planteos, Weber, Freud y Gramsci, visualizaron un mundo cada vez más dominado por la razón Instrumental en detrimento de la razón sustantiva. Weber y Freud se acerca en el “pesimismo de la inteligencia”. Gramsci y Habermas agregan a esto el “optimismo de la voluntad”.

Los descubrimientos freudianos, en tanto han implicado avanzar en el conocimiento del hombre en general y en cada sujeto en particular, son parte del proyecto de la modernidad.

Esto más allá de que Freud no postula una utopía de salvación universal. Posee, a diferencia de los filósofos del S XVIII, una concepción más rica y compleja del ser humano, que lo lleva a tomar distancia de los sueños omnipotentes que crean hombres nuevos absolutamente libres y racionales.

Desde nuestro punto de vista, las utopías -irrealizables en su totalidad-marcen una

línea deseable de desarrollo.

La afirmación de que el hombre, en cualquier sociedad, no es transparente y libre de conflictos, no implica renunciar a la búsqueda de formas de organización social que permitan el despliegue de sus aspectos constructivos, fraternos y solidarios.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1) FREUD, S. - El malestar en la cultura, en O.C., Biblioteca Nueva, Madrid, 1974, T.8, p. 3046.
- 2) REIK, T. - La reflexión de Freud sobre la cultura, en A medio siglo de El malestar en la cultura, 5 XXI, México, 1983, p. 125.
- 3) HABERMAS, J - Ensayos políticos, Península, Barcelona, 1988, p. 273.
- 4) AROCENA, F. - La modernidad y su desencanto, Vintén, Montevideo, 1991, p. 16.
- 5) WEBER, M. - Economía y sociedad, FCE, México, 1987, p. 403.
- 6) FREUD, S. - El problema de la concepción del universo, en O.C., Biblioteca Nueva, Madrid, 1974, T.8, p. 3205.
- 7) HABERMAS, J. - Teoría de la acción comunicativa, Taurus, Madrid, 1989, T. p. 233.
- 8) HABERMAS, J. - La reconstrucción del materialismo histórico, Taurus, Madrid, 1986, p.³.
- 9) FREUD, S. - Los orígenes del psicoanálisis, en O.C., Biblioteca Nueva, Madrid, 1975, T. 9, p. 3575.
- 10) FREUD, S. - La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, en O.C. Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, T. 4, p. 1249.
- 11) MARCUSE, H. - Eros et civilisation, ed. de Minuit, Paris, 1963, p. 42.
- 12) FREUD, S. - El malestar en la cultura, opus cit. p. 3039.
- 13) FREUD, S. -La vida sexual humana, en O.C., Biblioteca Nueva, Madrid, 1972, T. 6, p. 2317.
- 14) FREUD, S. - El malestar en la cultura, opus cit. p. 3041.
- 15) FREUD, S. - El porvenir de una ilusión, en O.C., Biblioteca Nueva, Madrid, 1974, T.8, p. 2965.

- 16) FREUD, S. - El malestar en la cultura, opus cit. p. 3048-49.
- 17) ibid. p. 3047 y 3066.
- 18) FREUD, S. - El problema de la concepción del universo, opus cit. p. 3204.
- 19) FREUD. S. - El Moisés y la religión monoteísta, en O.C. Biblioteca Nueva, Madrid, 1975, T. 9, p. 3312-13.
- 20) HABERMAS, J. - La reconstrucción del materialismo histórico, opus cit. p. 13-20.
- 21) Freud, S. - El malestar en la cultura, opus cit. p. 3067.
- 22) LAGUARDA, M. - Gramsci y su época, en Para comprender a Gramsci, Ides-Nuevo Mundo, Montevideo, 1988, p. 19-32.
- 23) ORO, J. PEÑA, J. - Gramsci, Freud y la cultura, Cuadernos Universitarios, No. 4, AUN, México, s. f.p. 17.
- 24) LAGUARDA, M. - Gramsci, cultura y psicoanálisis, en Alternativa Socialista, Montevideo, 3/3/88.
- 25) BARRAN, J. P. - Historia de la sensibilidad en el Uruguay, EBO, Montevideo, 1990, T.2, p.21.
- 26) GRAMSCI, A. - Pasado y presente, cit. por Buci-Glucksman, C. -Gramsci y el estado, S XXI, Madrid, 1978, p. 116.
- 27) GPAMSCI, A. - Cuadernos de la cárcel, Era, México, 1981, T. 1, p. 136.
- 28) Ibid. p. 184.
- 29) FREUD, S. - El malestar en la cultura, opus cit. p.3049
- 30) GRAMSCI, A. - Antología, S XXI, México, 1970, p. 475.
- 31) CRAMSCI, A. - Cartas de la cárcel, cit. por Buci-Glucksman, C. , opus cit. p. 116.
- 32) GRAMSCI, A. - Cuadernos de la cárcel, T. 1, opus cit. p.92.
- 33) BUCL-GLUCKSMAN C. - Opus cit. p. 118.
- 34) FREUD, S - La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, opus cit. p. 1258.
- 35) GRAMSCI, A. - Cartas de la cárcel, cit. por Buci-Glucksman, C. , opus cit. p. 117.
- 36) JAY, M. - Socialismo fin-de-siècle, Nueva Visión, Bs. As., 1990, p. 11.
- 37) MARX, K - Tesis sobre Feuerbach, en OE, Progreso, Moscú, sf. p. 25.
- 38) MARK K. - Manuscritos economía y filosofía, Alianza, Madrid, 1969, p. 194.
- 39) KALIVODA, R. - Marx y Freud, Anagrama, Barcelona, 1971, p. 291
- 40) GRAMSCI, A. - Antología, opus cit. p. 437.
- 41) LAGUARDA, M. - Política y subjetividad, Congreso Uruguayo de Psicología Social, publicado en Alternativa Socialista, 25/10/90.